

Opinión

¿Reconstrucción de la deconstrucción?



Enrique Calvet

Hemos sostenido que España se está enfrentando desde marzo a tres brutales crisis: la sanitaria, que es un *shock* externo; la económica, que es una mezcla de *shock* exterior, deficiencias propias ignoradas y malas políticas anteriores; y, *last but not least*, la política, que lleva años y ha llegado a un cenit que bordea la tragedia. También hemos mantenido que la más grave, con mucho, es la política, si bien la evidente urgencia escandalosa de las otras dos la ha eclipsado. En este momento, la devastación económica ya es tan grande que podríamos considerarla la más grave. La realidad es que está absolutamente imbricada en la política, y, sobre todo, hay que saber que si no se soluciona la crisis política no se podrá resolver la económica. Todo lo más se podrán aplicar parchecillos a corto, destructivos a medio, que prolonguen la agonía.

Con esa percepción tenía algo de sentido evocar simbólicamente los Pactos de la Moncloa, que tuvieron tanta trascendencia política como económica. Pero el presidente del Gobierno manipulaba el concepto y tenía en mente otra cosa radicalmente distinta u opuesta. Pretendía, precisamente, “reconstruir” la situación económica anterior a la pandemia, orillando totalmente la colosal crisis política que asola España. Con ello, hubiera conseguido ayuda técnica en temas económicos que le desbordan, un apoyo implícito a su incapaz Gobierno (a nuestro juicio), que es un máximo exponente del grave problema político, y una “inatención” de la oposición a la instalación subrepticia de nuevas “estructuras políticas” sectarias de poco espíritu constitucional (como la cogobernanza, por ejemplo). Justo lo contrario de lo que se necesita. El tema ha quedado claro cuando el Gobierno bicéfalo (o acéfalo) ha pasado a la práctica de crear una Comisión *ad hoc* al servicio de sus intereses partidistas y con nombramientos iniciales también bicéfalos. Se tratará de una suerte de grupo de estudio, dominado por el politburó, que intentará recabar aprobación y legitimidad para propuestas legales en temas económicos y sociales. Pero dentro del marco sectario fijado.

Profundicemos sobre la palabra elegida por el Gobierno para arropar toda la maniobra: reconstrucción. Es palabra solemne que obliga inmediatamente a plantear la cuestión de qué es lo que evoca el prefijo “Re”. ¿Construir algo que ya existía? ¿El qué? Sólo se nos ocurre que se esté hablando de volver a poner en marcha el tejido productivo que ha tenido que cerrar por inactividad. Tal vez algunas pistas también indicarían recobrar el antiguo INI. Tal vez

actualizar el Pacto de Toledo. Pero ese tipo de reconstrucciones no necesitan ningún pacto especial, sino una política económica razonable, tarea del Gobierno, debidamente apoyada y orientada por la UE.

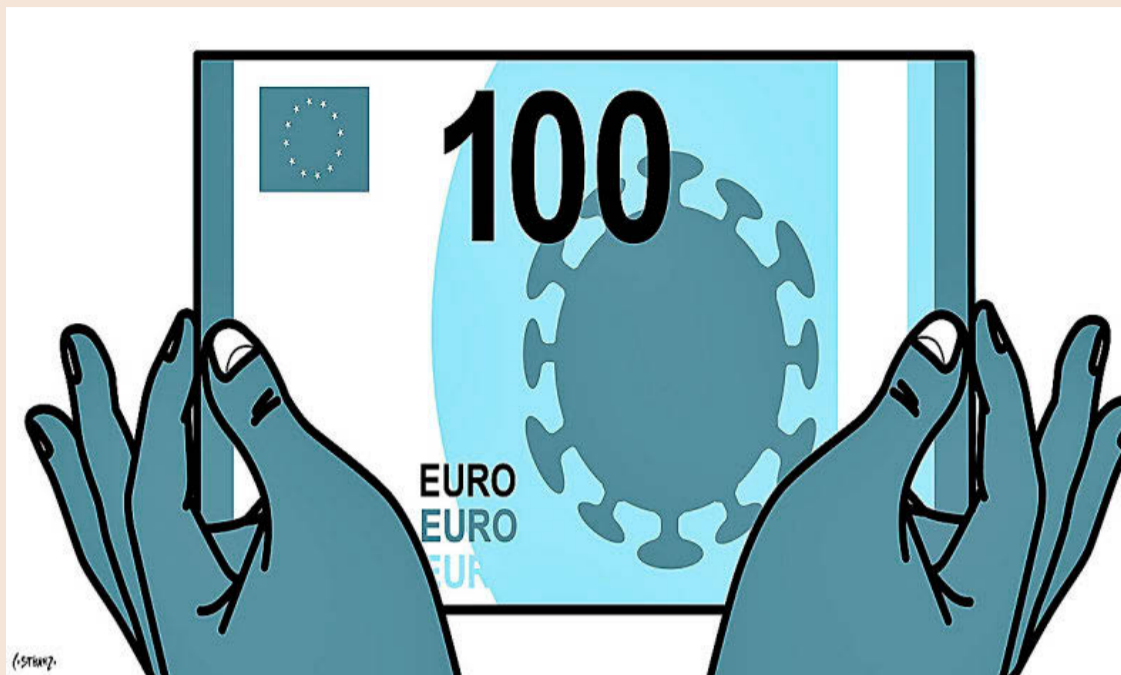
Es evidente que así no levantaremos cabeza ni aportaremos soluciones que superen un ciclo electoral en una Nación que, precisamente, se ha deconstruido, y a la que no conviene volver. El pensamiento inicial no fue ese, sino que hubo un consenso intelectual en que nos abocábamos a una España mejor y distinta, aprendiendo de nuestros errores estructurales. ¿Queremos reconstruir una España con un 13% de paro estructural, récord occidental?

Problemas letales

Recordemos ahora algunos problemas que afectan letalmente a la economía española. El primero, de proporciones enormes, aunque se ha ignorado suicidamente pese a los avisos de la UE, es la pérdida de unidad de mercado. La creación de barreras interiores que impiden o encarecen la libre movilidad de factores y productos. Su impacto en lo que el Banco de España ha definido como el mal esencial de la economía española: su falta de productividad y competitividad, es brutal. En segundo lugar podemos citar la inseguridad jurídica y la falta de confianza que afectan a muchas inversiones por la proliferación de legislaciones, por la inexistencia de estructuras de Estado (no se puede decir a Bruselas que “se ha incumplido el déficit por culpa de las autonomías”) y de gobernabilidad, por la espada de Damocles del secesionismo no controlado, por la desaparición parcial de nuestro Estado de Derecho. Añadamos, por ejemplo, el sobrecoste letal de nuestras administraciones sobre las finanzas, la carencia de un sistema nacional de salud, los 17 sistemas educativos en batalla ineficientes. Estos últimos son importantes, pues condicionan la transformación de nuestro sistema productivo basado en servicios de bajo valor añadido y empleos precarios en un tejido con mayor presencia industrial y empresas medianas. Citaremos la carencia de un plan industrial nacional y otro energético a defender con uñas y dientes en la “nueva” UE por un Gobierno que genere respeto y peso, y no recelo y desconfianza.

Desde luego no debemos querer “reconstruir” esa España “deconstruida” que nos ha dejado inermes y desangrada frente a una crisis agravada por nuestros propios fallos sistémicos. Una primera evidencia es que nada de lo expuesto se soluciona sin atacar de frente y radicalmente nuestros problemas políticos totales. La segunda evidencia es que con este improbable actual Gobierno es imposible. Es uno de nuestros más graves problemas.

Europarlamentario y fundador de Uliis



Consumo y pagos ante el Covid-19



Francisco Rodríguez Fernández

Ahora que poco a poco muchos negocios se suman a los de alimentación e intentan abrir para iniciar su propia recuperación, deben otorgarse las facilidades que sean posibles. Sobre todo, las que son gratis, como que cada cual pague como desee. La limpieza depende extraordinariamente más de los hábitos propios de higiene que del medio de pago que se utilice. Desde el punto de vista económico, esta es una crisis terrible de oferta y demanda, y las dos partes tienen ya suficientes dificultades. En España, la confianza del consumidor cayó un 50% en marzo y diferentes estimaciones apuntan a que el consumo lo hizo al menos en la misma proporción. Los datos de abril e, incluso, de los meses que nos llevarán hasta el verano tampoco van a ser de muchas alegrías. Es importante, por tanto, que cuando alguien se anime a consumir no encuentre demasiadas trabas. Las recomendaciones de seguridad sanitaria ya introducen un esterilizado pero incómodo clima al que debemos acostumbrarnos un tiempo.

Escribí hace unas semanas desde esta tribuna señalando que lo importante es que proliferen los pagos y no tanto el medio. Pasado este tiempo, es difícil establecer si los primeros temores se han normalizado. Lo que sí es cierto es que hay diferentes intereses creados. Los números nos plantean algunas realidades. La primera, que el cambio generacional y el impulso tecnológico apuntan a largo plazo a un mayor uso de medios de pago electrónicos. La segunda es que, a pesar de esos cambios, lo “largo” del plazo puede ser bastante porque la demanda de billetes y monedas y el uso de efectivo demuestra ser bastante persistente. La tercera es que todo medio de pago parece tener utilidad y ventajas propias. Frecuentemente se señala que el anonimato relativo al efectivo es un medio para fraude y economía sumergida, pero las medidas de las autoridades (como limitar el importe máximo de pagos en billetes y monedas) han demostrado ser efectivas. De hecho, han proliferado de forma considerable formas de fraude relacionadas con medios de pago electrónicos, desde algunos ubicuos como el de “tarjeta no presente” (suplantación de identidad o uso de una tarjeta por parte de alguien que no es su titular) a otros de trasfondo aún más opaco, como determinados usos de las criptomonedas.

En España, el supervisor bancario lanzó su última encuesta sobre estas preferencias en 2018, señalando que “el 53% de los ciudadanos manifiesta que utiliza el efectivo como medio de pago más habitual (57% en municipios pequeños), mientras que el 43% muestra preferen-

cia por el uso de la tarjeta de débito.” Ciertamente es que durante los primeros años del siglo XXI y durante la crisis la preferencia por medios electrónicos subió de forma considerable pero, en los últimos años, en medio de un clima financiero enrarecido con tipos de interés ultrareducidos y múltiples fuentes de incertidumbre, la demanda de billetes y monedas ha crecido. En marzo, el valor de los billetes en circulación aumentó en 36.000 millones de euros, hasta alcanzar el récord de 1,31 billones, lo que supone un aumento del 8%, la variación más importante desde octubre de 2008. Esto no es sólo una tendencia en España. Según el BCE, entre el 13 de marzo y el 10 de abril el valor de los billetes en circulación aumentó en 46.689 millones en toda Europa.

Mejor liquidez

Afortunadamente, los hogares españoles se encuentran en una situación de liquidez mejor de la que afrontaron hace 12 años con la crisis financiera. En su último Informe de Estabilidad Financiera, el Banco de España apunta a que “el volumen de activos líquidos de los hogares en proporción a su renta es también más elevado que antes de la última crisis. Según los últimos datos disponibles, correspondientes al cuarto trimestre de 2019, el efectivo y los depósitos de los hogares alcanzaban el 118% de la RBD, 8 puntos porcentuales más que en 2007.”

Si hay liquidez en efectivo y acumulación por precaución, se le debe dar salida sin tapujos. Los cambios que se produzcan en las preferencias de pago con el Covid-19 sólo podrán observarse una vez que esta situación se haya normalizado. Entre tanto, una autoridad internacional en esta materia, el Banco de Pagos Internacionales señaló en su boletín número 3 del pasado mes de abril (*Covid-19, cash, and the future of payments*) que la evidencia científica sugiere que la transmisión del virus por medio de billetes es muy reducida “en comparación a otros objetos que tocamos frecuentemente, incluidas las terminales de pago con tarjeta o PIN.” De hecho, los coronavirus pueden sobrevivir en una superficie de acero inoxidable de diez a cien veces más tiempo que en nuestros billetes en fibras de algodón. Indicaba también que los bancos centrales están instando al público a usar efectivo sin miedo y que se están tomando medidas de esterilización extraordinarias. Y, por último, consideraba que, aunque se avance hacia los pagos digitales, muchos consumidores necesitan usar efectivo y debe permitírseles sin problemas. Lo importante es pagar. Con garantías que eviten fraude de cualquier tipo. Si se mantienen las recomendaciones de higiene, no hay que preocuparse de cómo comprar. Lávese las manos y pague (o cobre) tranquilo.

Catedrático de Economía en la Univ. de Granada, economista sénior de Funcas y colaborador en Cunef